

LA IGLESIA CATÓLICA Y LA RESISTENCIA AL CAMBIO EN LA EDUCACIÓN CAMPESINA, (1930-1960)

Valentina Torres Septién¹

El artículo se plantea el papel que desempeñó la Iglesia frente a los cambios del Estado posrevolucionario, mismo que la dejó fuera de la participación educativa, sobre todo en lo referente a la educación para obreros y campesinos.

Se presenta la labor que desempeñó, obligadamente y como una connotación de resistencia pasiva, ante la perspectiva de una posible desaparición de su influencia educativa y religiosa en el campo mexicano. En este artículo se resalta, fundamentalmente la intención deliberada de la Iglesia por mantener el statu quo frente a los embates que significaban la secularización de leyes y costumbres, la hegemonía del Estado en la educación, la proliferación de los medios de comunicación y otros fantasmas que se cernían sobre su cabeza, como la expansión del comunismo internacional o del protestantismo norteamericano.

Las medidas tomadas por la Iglesia consistieron en la “modernización” de sus métodos a través de escuelas especializadas para campesinos, de manera que éstos se educaran en las primeras letras, tuvieran una habilitación especializada en cuanto a sus labores en el campo y, sobre todo, siguieran recibiendo los preceptos de la educación y la moral católicas en sus lugares de origen, para evitar con ello su movilización a las urbes, pero también para desmotivar la movilidad social.

61

¹ Doctorado en Historia por la Universidad Iberoamericana. Directora de posgrado de la Universidad Iberoamericana, 2001; directora del Departamento de Historia, 1995-2001; Presidenta del Comité Mexicano de Ciencias Históricas; miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Principales investigaciones: 1. La participación femenina en la formación de la Acción Católica Mexicana; 2. Moralidad y buenas maneras; 3. El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI al XX (proyecto apoyado por Conacyt). Publicación más relevante: *La educación privada en México*, México, El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, 1996.

Educación - Resistencia - Valores tradicionales - Inmovilidad social - Adecuación al cambio.

The article analyses the position held by the Catholic Church in Mexico in order to face the changes of the post-revolutionary State, which prevented it from carrying out an active role where the education of peasants and workers was concerned.

It is explained the labour developed by the Church, in a passive but resistant way, before the former horizon, which implied a possible wiping out of its educational and religious influence upon the Mexican rural areas. From this standing point we peruse the intention the Church had of retaining the statu quo in the midst of all the struggles and backlashes that the secularization of laws and the general wont. Obviously, it cannot be omitted the addition to the former circumstances of other phenomena seemed to be lingering on it, as the expansion of international communism, the American Protestantism, or the so conspicuous hegemony of the Mexican State over the mass media.

62 *The response of the Church consisted in the "modernization" of its methods throughout specialized schools for peasants that educate them in the first studies, give them the specific teachings they would need in order to work in the fields and, pre-eminently, nourish them with the catholic principles. All of that aiming to prevent their desire of movement through the cities and the consequent desire of changing their social status.*

Education - Resistance - Traditional values - Social immobility

* * *

En 1929 el Estado y la Iglesia establecieron formalmente acuerdos de paz que constituyeron un *modus vivendi* después de la dura crisis que significó la Guerra Cristera, (1926-1929). Con los acuerdos entre los altos jerarcas de ambas instituciones, se puso fin a la etapa de la abierta persecución del Estado contra la Iglesia y ésta quedó marginada del foro público. La Iglesia tuvo que limitarse y resistir de manera pasiva, ya que por años se había mantenido con un predominio religioso

y hasta cierto punto político dentro de la esfera nacional. En general, reinó en el seno de la Iglesia un integrismo tradicionalista² como respuesta al

² El integrismo surge como un movimiento político inspirado en el Syllabus (por tanto antiliberal) alrededor de 1890. Pronto se apega al progresismo "en Francia y en las primeras décadas del siglo xx" se designará [integristas] a todos aquéllos que combaten la apertura política y social del catolicismo sin importar con qué medio. Emile Poulat, *Integrisme et catholicisme integral; Un réseau secret international antimoderniste*: La Sapiniere(1909-1921), p. 78.

Estado liberal anticlerical que negó los derechos civiles de los sacerdotes y de las religiosas; no obstante estos obstáculos no se apagó el espíritu religioso y militante de los católicos practicantes, lo que permitió que la catolicidad se mantuviera viva.

La historia de la Iglesia en México a partir de la Guerra Cristera se puede dividir en cuatro etapas:

- Marginación y resistencia 1929-1940
- Colaboración y apoyo tácito, 1940-1968
- Toma de conciencia y apoyo crítico 1968-1979
- Independencia y protagonismo activo 1979 ...³

En este artículo me centraré en las dos primeras etapas que nos permiten ver a la Iglesia católica operando de una manera distinta a la de décadas anteriores, y en las que se retrac, por lo menos en el discurso, de cualquier forma de participación política.

La primera etapa, de resistencia pasiva, corresponde a los años inmediatos a la Guerra Cristera y abarca una década en la que la Iglesia se reorganiza, fundamentalmente a través de la creación de la Acción Católica Mexicana;⁴ con esta medida

se repliega sobre sí misma e inicia una serie de actividades tendientes a lograr su recomposición. Es una época sumamente importante pues la estructura que le da la conformación de la Acción Católica, la preparará para unaculote trabajo acción colaborativa y participativa con el Estado, que se desarrollará en las décadas siguientes. En esta etapa se definen los modos operativos que mantendrán viva a la institución, sobre todo mediante la cooperación de los laicos en la dirigencia de las organizaciones paraeclesiales.⁵

católica campesina", cuyo objeto era luchar por la elevación moral, cultural, económica y religiosa de este sector. A través de sus diferentes ramas: la Unión Católica Mexicana de hombres, la Unión Femenina Católica Mexicana de mujeres, la Juventud Católica Femenina Mexicana de señoritas y la Acción Católica de la Juventud Mexicana de Hombres Jóvenes estaba organizada de manera piramidal para llegar a todas las parroquias, aun las más apartadas. A la cabeza de la organización estaban el Arzobispo y los obispos de los cuales dependía el Comité Central, que a su vez coordinaba las acciones de las diócesis. Éstas se encargaban de las parroquias, responsables de los grupos dirigentes que colaboraban en la formación de la feligresía del país. Desde el Centro, la Junta Central generaba las normas, los métodos, los materiales y los contenidos que deberían ser transmitidos a los socios. Es fácil entender la dificultad que significaba que todas estas acciones llegaran adecuadamente hasta las comunidades más retiradas.

⁵ En 1937 surge el sinarquismo de corte integrista, que llegó a tener entre 300 y 500 mil militantes. En 1939 se fundó el Partido Acción Nacional, que para 1955 ganó 6 curules en el Congreso y se convirtió en el partido de oposición; a pesar de que se reconocían sus lazos internos con la Iglesia, éstos no fueron explícitos.

³ Jeffrey Klaiber, S.J., *Iglesia, dictaduras y democracia en América Latina*, p. 403

⁴ Para realizar su misión educadora en el siglo XX, la Iglesia consideró propicio el fomento a la Acción Católica. Fundada en 1929, tuvo como uno de sus fines llegar a indígenas y campesinos, -población que no queda definida-, a través de lo que llamaban "movimiento campesino o acción

La segunda etapa evoluciona hacia una colaboración con el Estado en los años cuarenta y cincuenta que se explica en cierta medida por factores externos a las mismas instituciones. La Iglesia refleja así el contexto histórico y cultural en que funciona y que a su vez la condiciona. De la coexistencia tensa de la primera etapa se pasó a una convivencia pacífica, que finalmente se convertiría en una colaboración tácita con el Estado. Por motivos pragmáticos y evidentemente también por los económicos, Lázaro Cárdenas, (1934-1940) que apoyó el socialismo educativo y mantuvo una persecución anticlerical, dejó de hostigar a la Iglesia hacia 1938, y concretamente abandonó su proyecto de implantar la enseñanza socialista en los colegios. Al final de la década de los treinta, la necesidad de industrializar al país, llevó a Cárdenas a limar asperezas con la jerarquía eclesiástica a fin de lograr una unificación social. Por su parte, la Iglesia también vio la conveniencia de enviar signos de buena voluntad hacia el gobierno, como fue el poyo que ese mismo año los obispos mexicanos dieron a la decisión de Cárdenas de nacionalizar la industria petrolera. El gesto simbólico que más impactó en el imaginario de los católicos fue la declaración que hizo el presidente electo Manuel Ávila Camacho en 1940, al confesarse como creyente frente a la prensa. De ahí en adelante se estableció un nuevo *modus vivendi* entre el Estado y la Iglesia, dentro del

marco de la Constitución de 1917. Aunque el Estado no reconocía públicamente la existencia de la Iglesia, ésta seguía viva y expresándose. Dos temas de preocupación mutua acercarían a ambas instituciones: el nacionalismo y el anticomunismo, con lo cual la Iglesia pudo ser vista por el Estado como una aliada de facto, en la campaña para rechazar el comunismo y promover los valores mexicanos.

Numerosos factores hicieron posible que la Iglesia sobreviviera a los embates de la Revolución y su consecuente persecución. A pesar de los pesares, contaba con recursos humanos, conocimientos, destrezas y habilidades de sus miembros; con la pervivencia de factores ideológicos tales como hábitos y actitudes hacia la obediencia y la sumisión que tenían como elementos la costumbre, la obligación moral que se transmitía culturalmente; por sus creencias, por la indoctrinación deliberada, derivada de percepciones de bienestar que generaba estar ligado a los principios religiosos con fuerte impacto en la conciencia individual. El ritual cotidiano que seguía vigente permitía cultivar y mantener esta idea de vinculación personal de los creyentes con su Iglesia.

Además esta institución contaba con elementos de trascendencia que la relacionaban con lo divino. En este contexto, para los creyentes desobedecerla tomaba forma de herejía, impiedad, traición a lo propio, desafío a

Dios, a la historia y a la verdad.⁶ La aceptación de su legitimidad en el mando, a través de las normas aceptadas le daban en el fondo una legitimidad moral e histórica de la que no gozaba ninguna otra institución nacional. Por ello la Iglesia nunca se retiró de su papel movilizador, si bien para los años 30-50 lo hizo con otros recursos, una especie de resistencia pasiva que también le daría buenos resultados; su participación en la vida religiosa de los mexicanos mantenía sus actividades como necesarias, indispensables y constantemente requeridas por la feligresía.

La educación fue siempre una de las tareas prioritarias de la Iglesia. En el siglo xx, a pesar de los tropiezos que sufrió con la Revolución, fue un factor de primera importancia para la sociedad católica, urbana del país. En los años que nos ocupan, emprendió nuevas acciones en torno a la educación rural, de donde se había mantenido alejada en las primeras décadas del siglo.⁷

Los cambios al interior de la Iglesia respondieron, entre otras cosas, a la secularización, a la urbanización cada vez mayores, al crecimiento de la izquierda y la erosión del monopolio religioso católico. En el periodo que siguió a 1945, los rápidos cambios

culturales y sociales crearon también imperativos nuevos por parte de los sectores populares, que incluían la necesidad de experiencias más participativas. Para ello la Iglesia modificó sus acciones y consolidó sus bases de influencia a través de la Acción Católica Mexicana (ACM), organización de laicos que le dio la oportunidad de florecer en esos años y un crecimiento inusitado en el número de miembros de las órdenes religiosas.⁸ Lentamente se recuperó de las crisis de años anteriores y logró reconvertirse en una fuerza nacional.

La educación campesina. Una forma de resistir y permanecer.

65

Desde que los misioneros llegaron a América y hasta el siglo xx, la educación fue una de las atribuciones de la Iglesia católica, ligada con una muy antigua tradición docente y con la característica de la continuidad.⁹ La

⁶ Este crecimiento se ve claramente como en el grupo de los jesuitas, de influencia excepcional, que llegó a tener 800 miembros en los años sesenta. Otros grupos como los Legionarios de Cristo o el Opus Dei también crecieron notablemente. El caso de las religiosas es asombroso. De las 8 128 que había en 1945 ascendieron a 19 400 en 1960. Loaeza Soledad, "Continuity and Change in Mexican Catholic Church", p. 286. También fue la época del auge de los colegios religiosos privados; véase Valentina Torres Septién, *La educación privada en México, 1903-1976*, pp. 171 a 179.

⁹ Tradicionalmente la facultad de educar, (catequizar, evangelizar, formar clérigos)

⁶ Jaime González Bernal, *La lucha política no violenta*. Criterios y técnicas, p. 12

⁷ Véase Valentina Torres Septién, *La educación privada en México, 1903-1976*. México, El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 105 a 156

Iglesia señalaba que el fin único de la educación católica era la formación del individuo con vistas a su fin trascendente: la salvación del alma. Por ello, a través de sus ministros, de las órdenes religiosas, de sus organizaciones y más recientemente aún de los laicos, debía trabajar fervientemente para conseguir el desarrollo de su aparato educativo. Consideraba que esta facultad docente le había sido otorgada por el mismo Dios a través del mandato: "Id, pues, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".¹⁰ La Iglesia se atribuía el derecho "a intervenir en las letras, las ciencias y las artes en cuanto son necesarias o útiles para la educación cristiana y, además, para toda su obra de la salvación de las almas".¹¹

En el siglo xx la población mexicana seguía declarándose mayoritariamente católica; en 1960 el 96.4% de los mexicanos se declararon como profesantes de esa religión. De esta población, el censo de 1960 definía al 53.3% como rural, es decir

la población que se distribuía en rancherías, congregaciones y pueblos hasta de cinco mil habitantes que, sumada a la de las ciudades que se dedicaban a labores del campo, el porcentaje aumentaba hasta el 63.8 por ciento.

Si bien la Iglesia antes de la Revolución tuvo escuelas para toda la población, después de este movimiento se vio limitada a sólo aquel sector que podía pagar colegiaturas escolares y escasamente sostuvo algunas escuelas parroquiales. Para mediados de siglo, la emigración de los campesinos a las ciudades, sin preparación, ni recursos, significaba para la Iglesia un gran peligro de orden moral y un asunto de preocupación mayor que se intensificó a partir de los años sesenta; a esto se sumaban otros factores como una mayor toma de conciencia política entre el campesinado y las clases populares, lo que amenazaba la permanencia de la Iglesia en estos sectores. Contra toda prognosis, la Iglesia católica, sin dejar de ser un baluarte del orden establecido y para no perder su presencia moral e ideológica, buscó nuevas formas para mantener el *status quo* en sectores como los campesinos, que amenazaban con abandonarla.

Este cambio se dio paulatinamente a través de los grupos de la Acción Católica que se esforzaron por concientizar al resto de los miembros de la Iglesia acerca de la doctrina social, aunque se evitaban referencias políticas directas. Esta labor se

correspondía incuestionablemente a la Iglesia. El derecho canónico así lo determinaba y en él fundamentaba tal prerrogativa y que todos los bautizados debían ser educados dentro de la religión católica y esta educación debía ser la primera preocupación y "gravísimo" deber de los padres de familia y de cuantos pudieran contribuir a ella. Cánones 796 a 806 del Código de Derecho Canónico.

¹⁰ San Mateo, 18, 18-20.

¹¹ Cfr. Encíclica *Divini illius magistri* de S.S. Pío XI.

realizaba en un nivel más profundo mediante la afirmación de la dignidad de los fieles y la exhortación a luchar por sus derechos y cumplir sus obligaciones como católicos. En el ámbito educativo, la labor de la Iglesia católica en medios populares adaptó el modelo de las ideas de Paulo Freire o John Dewey, sobre el papel de la escuela como instancia de preparación para vivir en una sociedad democrática. En la parroquia y en los grupos de la Acción Católica, los campesinos y miembros del sector popular aprendían a dialogar entre sí y a actuar solidariamente. En estos grupos se ofrecía la capacidad de hablar en público y trabajar en equipo para asumir roles de liderazgo,¹² aunque siempre desde una perspectiva de obediencia a la doctrina.

Ante el temor de la Iglesia de que los campesinos abandonaran su lugar de residencia y se convirtieran en vagos que se asentaran en las zonas marginadas de las ciudades, la Acción Católica se ocupó de formar “profesionistas del campo”¹³ y abrir algunas escuelas donde se educaran sin desarraigarse; por tanto, la Iglesia no asumía a la educación como factor de movilidad social. Partía del presupuesto de que cada ser humano había sido puesto por Dios en un lugar determinado, que era irrenunciable

pues se consideraba como voluntad divina y así lo manifestaban:

Tú eres campesina y esto no se debe a una casualidad. Dios quiso precisamente que fueras campesina y toda tu vida debe ser la de una persona que vive en el campo. En la misma forma tu vida espiritual debe estar de acuerdo con el lugar que Dios escogió para ti desde el principio de tu vida.¹⁴

Al hacer mención de las palabras de San Pablo. “Que cada quien persevere delante de Dios en el estado al que ha sido llamado”, el fiel católico no debía huir del lugar en que la Providencia lo había colocado, ni tampoco “tratar de copiar la vida de otras personas que no son campesinos”.¹⁵ De esta forma la Iglesia, desde su muy particular perspectiva, se sumaba al debate político sobre la integración o incorporación de indios y campesinos al programa revolucionario, para dar paso a una cultura nacional mestiza afiliada a la civilización occidental. La Iglesia contaba para ello con fuentes de poder como la autoridad moral, que como la definió Jacques Maritain es “el derecho de mandar y dirigir, a ser escuchado y obedecido por otro”. Esta autoridad era voluntariamente reconocida o aceptada por los creyentes y, por tanto, existía independientemente de posibles sanciones.¹⁶

67

¹² En su autobiografía, Rigoberta Menchú se refiere a la importancia de su formación como catequista en la Acción Católica de su pueblo para llegar a ser dirigente sindical.

¹³ *Mi tierra*, núm. 241, julio de 1968, p. 16

¹⁴ *Mi tierra*, núm. 5, mayo 1961 p. 11

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Jaime Gonzalez Bernal, *La lucha política no violenta*, p. 7

Para hacer efectiva su autoridad, la Iglesia, a través de la Acción Católica, contaba con ramas especializadas por sección, una era la de campesinos (as). A la cabeza de la organización rural, la Comisión Central de Campesinos, así como la de campesinas, dependían del Comité Central, que coordinaba la organización de todas las actividades rurales docentes de la Iglesia que seguía la estructura escalafonaria de la organización.¹⁷ Para ello emplearon un método de formación de dirigentes, perfectamente estructurado. A la cabeza de cada comisión diocesana o parroquial estaba un delegado que recibía una preparación llamada “especialización”, que lo capacitaba como dirigente.

68

La educación informal¹⁸

La importancia de la preparación de los dirigentes campesinos se consideraba como una de las actividades prioritarias de la ACM, se realizaba a través de reuniones periódicas en las que se trataban temas sobre los contenidos que debía tener el programa de “educación fundamental”, método que se aplicaba en todos los centros de instrucción. La

¹⁷ Comité Central, Comités Diocesanos, Comités Parroquiales.

¹⁸ Por educación informal se entiende aquella que se da fuera de las aulas escolares; incluye también a la educación que proporcionaban otras instancias educativas, no vinculadas con la SEP, en este caso la Iglesia.

educación fundamental tenía como objetivo que cada persona desarrollara todas sus capacidades, físicas, económicas, sociales, intelectuales y espirituales.¹⁹ Esta educación comprendía seis aspectos y se basaba fundamentalmente en la enseñanza a través del ejemplo. No se trataba de que los campesinos sólo supieran leer, sino que adquirieran alguna instrucción elemental y que pudieran cuando menos hablar en público, escribir, juzgar atinadamente, desarrollar cualidades artísticas tales como pintar, esculpir, tocar algún instrumento musical, etc., y tuvieran “el mayor contacto posible con la cultura contemporánea”. Los objetivos de la educación fundamental consistían en proporcionar conocimientos mínimos, como plataforma para que después los campesinos adquirieran una cultura mayor. Ese conocimiento se dividía en seis aspectos: el aspecto religioso, que consistía en el conocimiento y la práctica de la doctrina cristiana, a través de la cual se enseñaba a los campesinos a ofrecer a Dios todos los actos de su vida: trabajos, descansos, penas, alegrías, diversiones, comidas, etcétera; finalmente, era el modelo tradicional de catequizar a los fieles. El aspecto moral consistía en hacer que los campesinos se enorgullecieran de su dignidad de ser cristianos y campesinos, que cumplieran con sus

¹⁹ Archivo ACM, caja 0, sf, “Principales problemas de la educación fundamental”, en *Mi tierra*, abril, 1963, pp. 14-15.

deberes para con Dios, para consigo mismos y para con los demás, a través del fomento de las “virtudes naturales de los campesinos” y educaba contra los vicios que más los degradaban y perjudicaban; con esta instrucción se buscaba la permanencia de los campesinos en sus lugares de origen y así evitar la “contaminación urbana”. El aspecto cultural, implicaba tanto la alfabetización como la inducción a lecturas sanas; el aspecto cívico, era similar a los propósitos del Estado; proponía respetar los derechos de los semejantes y los alentaba a cumplir sus deberes con la sociedad, mediante la cristianización de las relaciones para lograr la solución de los problemas sociales. El aspecto higiénico consistía en orientarlos sobre la mejora en la alimentación y la higiene como prevención de enfermedades. El aspecto agrícola incluía lecciones sobre los cultivos, prácticas de conservación del suelo, preparación oportuna de las tierras, etcétera.²⁰ Este método se aplicaba con distinta intensidad desde los cursos más elementales de las parroquias, hasta en escuelas y centros radiofónicos. La aplicación del programa, que se consideraba “eminentemente rural”, se topaba con problemas muy similares a los que señalaba el Estado para la formación de este sector: la pobreza, la ignorancia y la enfermedad, la falta de

recursos económicos, el aislamiento y la deficiencia en las comunicaciones, entre otros.

Una herramienta metodológica que sirvió para muchos de los objetivos de la Iglesia y fue fundamental para la educación de estos sectores, fueron las revistas sectoriales (para jóvenes, niños, colegialas, empleadas, maestras, y en este caso para campesinos) y las publicaciones periódicas entre las cuales podemos rescatar para el ámbito rural, *Mi Tierra*, *Movimiento Rural* o *Mi Rancho* cuyo precio de venta era de 40 centavos. *Mi tierra*, la de mayor difusión, era una publicación mensual de la Juventud Católica Femenina Mexicana, (JCFM).²¹ Periódicos y revistas eran leídos fundamentalmente por los dirigentes ya que pocos campesinos estaban alfabetizados. Sus artículos tenían la finalidad de formar y dar elementos a los dirigentes para que éstos, a su vez, los transmitieran. El método utilizado en *Mi tierra* partía del presupuesto de que sólo era necesario que una persona de la comunidad supiera leer y que fuera ella quien transmitiera los conocimientos. Se ofrecía una guía para las reuniones de los socios y ejemplos muy puntuales, lecciones teóricas y ejemplos bíblicos aplicables a su

²⁰ Archivo ACM, “El movimiento campesino de la ACM”, caja 98, fólder: “Cues, escuela granja”.

²¹ El formato era muy similar al de todas sus publicaciones. Al respecto véase: Valentina Torres Septién, *Las lectoras católicas: educación informal a través de los manuales de urbanidad y conducta en el siglo xx* en: *Lecturas y lectores*, CIESAS, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, El Colegio de Michoacán, 2005.

cotidianidad. El método era más que sencillo. Se iniciaba con una plática que explicaba diferentes conceptos, introducidos con una cita bíblica. Posteriormente se daban algunos ejemplos precisos y se proponía una serie de preguntas para que cada participante hiciera su examen de conciencia y supiera situarse frente al problema planteado. Finalmente se asignaba una tarea de reflexión. Otra parte contenía una sección dedicada a la lucha contra el analfabetismo.²²

Especialmente para las mujeres de las clases populares, la Iglesia proveyó un espacio importante donde éstas podían participar en grupos de socialización y afirmarse como personas. En toda América Latina surgieron clubes de madres, comedores populares o centros educativos para la promoción de la mujer auspiciados por la Iglesia. En estos clubes o comedores, las mujeres discutían temas de interés para ellas, como la crianza de los niños, el machismo de sus maridos, la falta de servicios de agua y luz en el barrio, etcétera.

La educación formal²³

Las escuelas católicas propiamente dichas para campesinos fueron pocas;

²² Archivo de la Acción Católica Mexicana (AACM), caja 0, s/f, Campaña anual de la Juventud Católica Femenina Mexicana; "La joven en la Iglesia", en *Mi tierra*, segunda época, núm. 4, abril 1960, pp. 8-9, 16.

²³ Por educación formal me refiero a la que se daba en las aulas escolares, bajo la vigilancia de la SEP.

para mujeres se fundó la escuela de La Labor,²⁴ situada en San Miguel el Grande, y las de Tarécuato y Pajacuarán, en Michoacán, Nogueras en Colima y Tehuixtla en Morelos.

La idea era sacar a las campesinas de su medio tradicional y llevarlas a una escuela granja donde se esperaba desarrollaran sus habilidades personales y disminuyeran sus debilidades; se evitaran las malas influencias y se les dotara de conocimientos nuevos. El problema más serio era que se les alejaba de sus familias y de sus tierras. En el anteproyecto para la fundación de una escuela granja de formación para jefes del movimiento campesino de México,²⁵ se argumentaba ante todo que esta educación formaría dirigentes comprometidas con "los problemas sociales y la doctrina social de la Iglesia aplicada a su resolución, [con las] normas de trabajo en la comunidad rural, lengua nacional, oratoria para que aprendan a expresarse por escrito y hablado [...]"²⁶

Con esta idea de profesionalizar²⁷ a las campesinas, se fundó la escuela

²⁴ Sobre la escuela de La Labor véase: Valentina Torres Septién, "La Iglesia docente en el ámbito rural: la escuela de La Labor (1955-1965)", en: Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord. *Educación rural e indígena en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996, pp.239 a 263.

²⁵ AACM, "Anteproyecto para la escuela granja de formación de jefes del movimiento campesino de México, denominada Academia Agrícola Nacional", 1964, 31 pp.

²⁶ *Idem*.

²⁷ AACM, "Entrevista con el Jefe Nacional de Campesinos de la Acción Católica de la Juventud

La Labor o Instituto Nacional Doméstico-Rural para Señoritas, que alcanzó un gran prestigio; esta escuela se fundó en 1953 gracias a la iniciativa de la presidenta de la JCFM, Margarita Septién y con el apoyo de la jerarquía eclesiástica. La escuela fue encargada a las hermanas francesas de San José de Lyon. Fue el resultado de conjugar dos experiencias pedagógicas: por un lado, en ella se sintetizaba el método educativo de la Acción Católica Mexicana que proponía una educación rural con métodos y filosofía profundamente cristianas, y por otro se introducían algunos de los objetivos de los internados indígenas creados por la SEP en la década de los treinta. La escuela ofrecía sus aulas a cualquier estudiante de la República y daba preferencia a las indígenas provenientes de las regiones más aisladas del país. No fue una escuela pública y por lo tanto no era gratuita. Las alumnas pagaban cuotas moderadas que generalmente eran becas que conseguían las mismas hermanas de San José, o pagaba la misma Iglesia. El programa de los cursos fue variando con el paso del tiempo, lo mismo pasó con su duración. Inicialmente fue de un año y más tarde se extendió a tres. En un principio se pedía que las candidatas que supieran leer y escribir, después se les exigió el cuarto año de primaria y finalmente la primaria completa. Al final de los cursos y mediante la presentación de una tesis

[sic], las alumnas recibían el título de trabajadoras sociales rurales, otorgado por la Secretaría de Educación del Estado de Guanajuato.²⁸

Hasta diez años después se pensó en una escuela similar para varones que estaría a cargo de los dirigentes de la ACM. La formación masculina, en todas las ramas de la ACM fue mucho más compleja, ya que los hombres asistían en menor proporción a reuniones, juntas o cursos que ofrecía la Iglesia. Para los campesinos se abrió una escuela técnica-agropecuaria llamada Los Cues ubicada en la carretera Internacional de México entre San Juan del Río y Querétaro, a cargo de la cual se encontraba Rodolfo Monroy Sandoval, Jefe Nacional del Movimiento de Campesinos de la ACM, a quien se le consideraba como un “campesino auténtico”.²⁹ La escuela reclutaba jóvenes que llenaban ciertos requisitos indispensables: haber cursado el 6° de primaria “ser auténticamente campesinos”, tener un desco manifiesto de superación y reconocida buena conducta en sus comunidades. La finalidad de la escuela era intentar que los jóvenes adquirieran la educación que necesitaban para su profesionalización y se forjaran como apóstoles de su medio, con la idea de que “cada persona tenía que realizar

Mexicana, Sr. Rodolfo Monroy Sandoval, caja 98, fólder: Cues, Escuela Granja.

²⁸ AACM Informe que rinde la Delegación Central de Campesinas de la Juventud Católica Femenina Mexicana al Comité Central, abril de 1965.

²⁹ AACM “Los Cues. Una escuela técnica-agropecuaria para campesinos”, en *Mi tierra*, año 19, núm. 234, p. 4.

una tarea en la sociedad y en la Iglesia".³⁰ Este doble fin se lograba desarrollando la cualidad de observar las cosas y enjuiciar los acontecimientos, es decir, se utilizaba el tradicional método que la Iglesia empleaba en todas sus labores educativas, "ver, juzgar y actuar", que vinculaba las enseñanzas doctrinales de la Iglesia aplicándolas a la vida diaria. El ejemplo y su discusión eran fundamentales; se proponía que los diferentes principios de moral se fueran conectando a la doctrina mediante casos muy concretos para que los jóvenes los resolvieran por sí mismos. También se inculcaba el sentido de la comunidad humana. Esta escuela fue una respuesta a la necesidad que percibía la Iglesia de preparar a los muchachos, ya que se consideraba que las jóvenes campesinas estaban mucho mejor preparadas que ellos.

Así él se da cuenta que para formar un hogar con una joven de su ambiente o sea campesina, debe responder si no en forma superior, sí al menos por igual a la capacitación que la joven campesina tiene hoy en día, capacitación que ha adquirido en otros centros similares.³¹

Ante los cambios que ya se reflejaban en el ámbito social,

³⁰ *Idem.*

³¹ AACM, "Entrevista con el Jefe Nacional de Campesinos de la ACJM, Sr. Rodolfo Monroy Sandoval", caja 98, fólder: Cues, Escuela Granja.

educativo e ideológico, la Iglesia, a un paso más lento y más bien obligada por los contundentes cambios de la sociedad, se renovó sobre todo gracias al Concilio Vaticano II.³² Su impacto repercutió en la formación de un proyecto muy completo de escuela para la formación de jefes del movimiento campesino, denominada Academia Agrícola Nacional, que haría frente a las necesidades de educación tecnológica, social y moral de la población rural. La idea fundamental era la de formar:

- Técnicos especializados en agricultura, ganadería o artesanía rural mediante cursos cortos de cuatro meses, vinculados con una instrucción religiosa para que "se les grabe muy hondo en su alma y en su corazón los ideales de servicio a Dios y a la Patria que son el lema de la Asociación".
- Jefes especializados en técnicas sociales de desarrollo de la comunidad para preparar práctica y teóricamente a los dirigentes de las comunidades rurales.
- Técnicos especializados en crédito agrícola, organización cooperativa, contabilidad coo-

³² El Concilio Vaticano II impulsó este proceso de cambio que culminó con la Conferencia Episcopal de Medellín (1968) donde se deslindó, históricamente del orden establecido. En dicha conferencia los obispos hicieron un llamado a favor de un nuevo orden basado en la justicia social y los derechos humanos.

perativa y de costos agrícolas, para responder a su organización económica.

Para ello se pondría en práctica la pedagogía de la escuela de la acción, “aprender haciendo”, “enseñar produciendo”, propuesta por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Como complemento indispensable se les daría doctrina social de la Iglesia, la preparación apologética contra las doctrinas heterodoxas del capitalismo liberal y del comunismo marxista y clases prácticas de oratoria.

Esta formación se basaba en la idea de servicio y en el dogma del Cuerpo Místico de Cristo, es decir que lo que afectaba a uno, afectaba a todos, por lo cual todos los alumnos se comprometerían a regresar a su lugar de origen o al punto que les designara la Dirección del Movimiento Campesino, para organizar a otro grupo de jóvenes a los que les transmitiría sus conocimientos. Por ello se pensaba reclutar a los candidatos con mayores cualidades intelectuales y espirituales.

El proyecto incluía el plano del edificio, el presupuesto para su edificación y habilitación, el programa de estudios, horarios y el reglamento interno.³³ Si bien no hay evidencias de que esta escuela funcionara como en el proyecto, éste es muy importante

ya que refleja las preocupaciones de la Iglesia en cuanto a la formación de los campesinos, la ideología que habrían de transmitirles, los métodos que se emplearían y finalmente el objetivo para reinstalar a los jóvenes en su propio medio.

Otra forma para educar a los campesinos fue la creación de escuelas radiofónicas, como la de Huayacocotla, Veracruz. La comunicación en el ámbito social representaba un gran problema. Con la finalidad de lograr la mejor cobertura posible, los programas se transmitían en onda corta, de seis de la tarde a nueve de la noche, de lunes a viernes. Estas transmisiones se difundían en una zona de 176 644 kilómetros cuadrados, que abarcaban nueve estados, con una población de más de 8 millones de habitantes, 82% de los cuales eran campesinos.³⁴

Las escuelas como La Labor, como Los Cues y las otras escuelas de la ACM, se fundaron con dos fines: el primero era la formación profesional, doméstica y familiar de los jóvenes campesinos, el segundo era que se convirtieran en promotores de otros centros en sus comunidades de origen, “contribuyendo en esto a mejorar la condición religiosa, moral y material de las campesinas (os) e indígenas.”³⁵

73

33 AACM, Anteproyecto para la escuela granja de formación de jefes del movimiento campesino de México, denominada “Academia Agrícola Nacional”, 1964, 31pp.

34 AACM, Caja 0, s/f, “Escuelas radiofónicas para campesinos”, en *Mi tierra*, año 21, núm. 255, julio 1969, p.47.

35 AACM, “Carta de la presidenta general de la JCFM, a Luigi Raimondi, Delegado Apostólico en México”, 16 de enero de 1959.

Concluyo que para la Iglesia católica la educación tuvo siempre un interés prioritario, si bien siempre vinculado con la evangelización o catequización de los fieles. Las circunstancias políticas, que sin duda afectaron su funcionamiento, la llevaron a tomar acciones que, como la educación privada, se consideraron cuestionables por dedicarse prioritariamente a los sectores con mayores recursos económicos, y dejando de lado la labor con los menos favorecidos.

Sin embargo, la Iglesia católica, si bien a una escala muy limitada en relación a la actividad que para estos años desarrolló el Estado, logró mantener una vigencia en los sectores campesinos mediante una actividad docente. Encontramos en estas acciones una intención deliberada por evitar la movilidad de los habitantes de los medios rurales hacia las ciudades, mediante el convencimiento de que su destino, por designio divino, era la permanencia y no el cambio. Los movimientos sociales externos y ajenos a la Iglesia provocaron en ella un sacudimiento en cuanto a la percepción que se tenía de estos sectores, y que de no haberse dado, la hubiera dejado fuera de la posibilidad de lograr una participación efectiva en el ámbito docente.

74

ARCHIVOS

Archivo de la Acción Católica Mexicana, (AACM). Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

REFERENTES

- Código de Derecho Canónico 1917, Madrid, Ed. Católica, 1983, Encíclica *Divini illius magistri* de S.S. Pío XI, México, Helios, 1939.
- GONZÁLEZ BERNAL, Jaime, *La lucha política no violenta. Criterios y técnicas*. México, EPESSA, 1990.
- KLAIBER, Jeffrey, S.J. *Iglesia, dictaduras y democracia en América*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1997.
- LOAEZA, Soledad, "Continuity and Change in Mexican Catholic Church", en *Church a Latina. Lima, and politics in Latin America*, New York. St. Martin's Press, 1990.
- POULAT, Emile, *Integrisme et catholicisme integral; Un réseau secret international antimoder-niste: La Sapiniere (1909-1921)*, París, Casterman, 1969.
- TORRES SEPTIÉN, Valentina, *La educación privada en México, 1903-1976*. México, El Colegio de México, Universidad Iberoamericana, 1995.

TORRES SEPTIÉN, Valentina, “Las lectoras católicas: educación informal a través de los manuales de urbanidad y conducta en el siglo xx”, en Carmen Castañeda, et al.(coords.), *Lecturas y lectores en la historia de México*, México, CIESAS, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 247-262.

TORRES SEPTIÉN, Valentina, “La Iglesia docente en el ámbito rural: la escuela de La Labor (1955-1965)”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Educación rural e indígena en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996.